

SEMPRUN, PREMIO PLANETA

ESTE aristócrata revolucionario que se llama, por fin, Jorge Semprún —después de haberse llamado Federico Sánchez, Agustín, quién sabe si algún nombre más— aparecía en Madrid en los últimos años cincuenta como un personaje mítico, fascinante, misterioso. Eran años difíciles. El franquismo era más espeso y más sólido de lo que creía, entonces, el Partido Comunista de España (curiosamente, es ahora el mismo partido el que lo ve más presente, más insistente, más vivo y capaz de volver de lo que lo ven otros) que enviaba sus activistas a España para acelerar un proceso que le parecía en marcha. Uno de estos activistas era Jorge Semprún o Federico Sánchez, o Agustín. Era el encargado de trabajar en el medio intelectual y universitario. Un medio difícil. Los intelectuales oscilaban entre un escepticismo, una frialdad de ancianos y unos entusiasmos repentinos como de niños, entre un deseo de disciplina y unas rebeldías parentorias. Estaban al mismo tiempo esperanzados por el viejo mensaje del partido y el miedo a su dictadura.

Jorge Semprún aparecía y desaparecía. Tenía una elegancia sencilla, austera (ahora busca más los colores, como si quisiera dejar de ser invisible como lo quería entonces) y un aroma de leyendas tras él. Los que sabían algo más de su vida tenían giros de esa leyenda: su padre fue gobernador y ministro plenipotenciario de la República, su madre era una Maura; de niño había recibido su primer alemán cortés y respetuoso de la "fraulein" que le llevaba al Retiro, próximo a su casa. La segunda lección de alemán la recibió en Auschwitz, donde fue un preso casi niño: el alemán de las órdenes brutales, de la vía hacia la muerte. Entre tanto, la infancia en la Legación de La Haya, donde su padre era jefe de misión, el exilio en Francia y las guerrillas de las FFI —Fuerzas Francesas del Interior—, donde fue capturado por los alemanes. Después, los medios intelectuales franceses, el PCE. Y, entonces, la vida en un hilo del clandestino comunista, con los mortales pases de

frontera, los refugios que ir cambiando, la mirada furtiva atrás por ver si estaba seguido, el miedo al confidente, la adaptación a la sombra y a la esquina para saber desaparecer, las citas a las que nunca se sabía si iban a acudir los siempre esperados, y las reuniones largas con los intelectuales oscilantes, indecisos o arriesgados, reuniones con miedo y esperanza. Muchos como Jorge Semprún cayeron —uno, Julián Grimau—: él se salvó siempre. Tiene todavía una vanidad de aquello: cree que fue siempre un buen profesional de la clandestinidad. Algo de su mecánica se ha visto en el cine ("La guerre est finie"), donde su propio personaje está representado por Yves Montand (en una extrapolación del tiempo real, hubiera tenido que interpretarlo Leslie Howard, como su novela hubiera podido contarla la baronesa de Orczy), y estaba compuesta de una condición de "funcionario" y de un riesgo de aventurero.

En aquellos días, Jorge Semprún decía, a veces, que estaba escribiendo algo, que iba a escribir algo. Lo decía con notable timidez, a veces en medio de una reunión de escritores "de verdad" que lo acogían con indulgencia. Nadie sospechaba que iba a ser realmente el mejor escritor de todos. Pero para ello tenía que suceder lo que fue un quiebro en su vida: la salida del PCE. Jorge Semprún venía a predicar su mensaje a las catacumbas españolas, pero al mismo tiempo se llevaba otro mensaje desde aquí a la dirección del partido: el de que la transición española se estaba haciendo por vías distintas a las que creía el análisis teórico —y científico— del partido. España transitaba hacia una sociedad burguesa en la que las libertades que se buscaban eran distintas de las que proponía el partido. Se iba hacia una sociedad de consumo, hacia una recuperación del liberalismo y una ambición de formas democráticas. El partido no podía creer que la realidad no correspondiera con su análisis. Mandó a España, fugazmente, y redoblando las precauciones de la clandestinidad, a uno de sus hombres más seguros: Fernando

Claudín. Venía a dar los últimos toques a una huelga que finalmente nunca existió y a comprobar la realidad española. Fernando Claudín volvió a París con la misma lección de quien era su compañero de ejecutivo con el nombre de Ferrerico Sánchez: esto es, de Jorge Semprún. Se entabló una polémica interior. Dura, áspera. El PCE, entonces, no era blando en sus juicios y condenas. Pero sí prolijo en sus documentos y análisis. La documentación de la polémica entre el partido de un lado y Semprún y Claudín de otro es larga y com-

pleja. Terminó con una especie de juicio en un castillo histórico, cerca de Praga, que sería sancionado por unas palabras de Dolores Ibarruri: "No queremos entre nosotros intelectuales de cabeza de chorlito". Era el mes de marzo de 1964, y Semprún y Claudín —luego, Francesc Vicens— quedarían excluidos del comité ejecutivo: luego, del partido. Serían acusados de trabajo fraccionalista, de querer formar un grupo antipartido, de revisionismo, de desviacionismo.

Fue entonces cuando Jorge Semprún empezó su segunda vida (¿o tercera, o cuarta?) y se dedicó a escribir. En francés: el idioma con el que había aprendido a ser intelectual. Tal vez lo había iniciado ya en algún escondrijo de Madrid, tal vez entre viaje y viaje. En el viejo piso del Boulevard Saint Germain, donde todavía vive —con algún descen-



Jorge Semprún recibe el premio Planeta de manos del editor Lara.

so al histórico Flore del existencialismo para tomar un café y comprar los periódicos en el quiosco de enfrente—, redactó laboriosamente su primera novela, que sería un descubrimiento en las letras francesas: "Le grand voyage". No fue todavía un éxito comercial importante, pero sí más de lo que se llama "succès d'estime". Jorge Semprún, en un francés brillante y profundo, sacando al idioma de tópicos y facilidades verbales (pasa, a veces, con los extranjeros, que aportan al idioma que no es el suyo una riqueza de superación que no tienen los indígenas: puede ser el caso, dentro del idioma francés, de Julian Greene, o de Samuel Beckett, quizá el de Adamov, el de Ionesco), inventaba una nueva manera de novelar, mezclando la realidad vivida con la imaginación. Es su estilo: quien ha tenido una vida literaria, puede tener una literatura vivida. Un tema mil veces relatado en la posguerra, el del universo concentracionario, tenía en la novela de Semprún una novísima manera de ser visto y contado.

La segunda novela de Semprún fue "L'évanouissement": más breve, pero no más lineal. Una novela telescópica, con los tiempos metiéndose unos dentro de otros, con los personajes de ficción mezclados en la realidad. Este sistema, o este estilo, iba a alcanzar el virtuosismo con su tercera novela, que era hasta ahora la última: "La deuxième mort de Ramón Mercader". Novela de juego de espejos, de reflejos múltiples, donde aparece continuamente una sombra real, la del auténtico Ramón Mercader —el hombre que asesinó a Trotsky en Méjico— y sus posibles desdoblamientos, mezclados con los recuerdos del propio autor; la fascinación de una novela de aventuras y de espionaje —con esa maldición y tristeza por la aventura política que sólo ha reflejado, aparte de Semprún, John Le Carré— con la pasión de una biografía adivinada, medio sabida, medio olvidada.

En las tres novelas, una obsesión permanente: España. La España perdida, recobrada, perdida otra vez. Paisajes de España, calles de Madrid y de Barcelona, el valle de Cabuérniga, el trozo lejano de España que era la Legación en La Haya.

Con estas novelas, Semprún alternaba guiones de cine que han realizado, o están realizando, los directores más intelectuales del cine europeo: Resnais, Costa Gavras, Losey. Algunos, directamente españoles: "La

guerre est finie", "Les deux me-moires"; otros donde la alusión, el recuerdo, la melancolía de España, tienen siempre algo, aunque no sea más que un relámpago.

Pero Jorge Semprún no escribía en español. Quizá se preguntaba si un escritor puede tener dos idiomas diferentes. Si en francés ha sido siempre un escritor laborioso, en español el trabajo se le hacía más difícil. Esta novela que ahora ha obtenido el Premio Planeta —cuando Semprún tiene ya el Femina, en París, y el Fromentor, internacional, de editoriales de varios países reunidas— es la primera que escribe en castellano.

Comienza con la reunión de Praga, donde estaba siendo prácticamente juzgado por sus camaradas de partido, y termina en el instante final, en el instante de su separación. En medio, el recuerdo, la memoria. O las memorias de Federico Sánchez. Dentro de su estilo: entre la ficción y la realidad, entre la duda de lo que fue realmente, de lo que pudo haber sido o de lo que nunca pudo haber sido. Nombres propios, personajes reales, recuerdos personales, se mezclan en esta novela a una narración imaginaria.

Jorge Semprún ya vuelve a España hace años. Ya tiene todo el pelo blanco, y prematuramente. Apenas, cuando pasea por las esquinas que servían para buscar la sombra y la desaparición, le vuelve la punzada en el estómago con que somatizaba entonces la inquietud o la angustia que de otra manera no se expresaban. No busca la política, aunque cuando escribe de ella en sus colaboraciones muestra siempre la herida de la expulsión que cambió su vida. Pero la política está presente siempre. Como en todo lo que se hace, se dice, se escribe, en España.

Podrá el Premio Planeta de este año tener, como lo está teniendo ya desde el momento mismo de su adjudicación en forma de resonante protesta de Manuel Barrio, segundo en el Premio —con una novela también política: una evocación de la guerra civil—, polémicas acerca de su mecánica interior o de supuestas irregularidades; y podrá estar, en el caso de seguir adelante esa polémica, la razón de un lado o de otro, del editor Lara o de su contestatario Manuel Barrio; por encima de esa polémica, la realidad es que con Jorge Semprún el Premio Planeta puede haber encontrado el más auténtico escritor y novelista de su ya larga vida. ■

Los
CoNteM
poRa
nEoS

EL PLANETA DE LOS SIMIOS

¡En la fascinante "recta final" de "Hora 25" —cadena de radio SER— el guirigay terrible de la noche del Premio Planeta. El Planeta de los simios. Manuel Barrios y Lara (hijo), a pesar de intermediadores, moderadores y recitadores, se acusaban y atacaban con notarios y querellas criminales. Motivo: Barrio cree que Lara le ha quitado su premio y se lo ha dado a Jorge Semprún. Barrio no está dispuesto a creer que la novela de Jorge Semprún sea mejor que la suya. Cree que el problema es la política, y que Lara (padre) justificó este arrebato diciéndole que la novela de Semprún es "un ataque feroz contra Carrillo". La discusión fue ejemplar: fue como para no animar a nadie a que presente novelas a los premios literarios. A menos que sean ataques feroces contra Carrillo. Pronto se vio dónde derivaba el tema: el libro de Semprún no es novela, sino política. Al día siguiente vi la versión de "ABC" en sus titulares: "El Planeta, politizado, para Jorge Semprún. Una vez más, lo comercial se impone a lo literario". Es de suponer que cuando se lo dieron a Torcuato Luca de Tena fue una excepción, y que en aquel momento no primaba lo comercial. Y que el libro no era político. Como tampoco lo era, ni político ni comercial, el que le dieron a Emilio Romero. Porque, evidentemente, la política se descompone en dos partes: Cuando es la del que habla o escribe, no es política, sino el simple y humano discursar de la vida misma. O un espejo que se pasea a lo largo del camino, que decía Stendhal. Que no estaba politizado, sin duda: "Rojo y negro" no era una novela política, naturalmente. Pero cuando la política que fluye es la del otro, ya no puede ser la vida misma. Aunque sea su propia vida. Es una politización. Y ya se sabe que el arte no puede estar politizado. A menos, repitamos, que sea el arte propio. Lo propio es lo natural; lo ajeno es lo artificial, y siempre está hecho con propósitos comerciales.

En cuarto lugar, que la política esté literaturizada, es otro problema. Pero también depende de lo propio y de lo ajeno. Cuando la política es propia, es pura y espontánea. Cuando es la del otro, es literaria. O comercial, o utilizada, o interesada.

Problemas de simios. Problemas del planeta del Planeta, cuando el que se lleva lo que delicadamente se llama en el argot de ahora "la pasta gansa" es como un marciano, como "de otro planeta". Que, como en el relato del "Planeta de los simios", puede ser el mismo de siempre, el del punto de partida al que se vuelve eternamente, miles de años después. O quizá miles de años antes, porque el tiempo, como ha quedado muy bien dicho por alguien que debía saberlo, es "una abstracción en la mente de Dios".

Por lo demás, estoy también deseando leer la novela de Manuel Barrios, que rememora la guerra civil, el enfrentamiento de dos bandos distintos, el odio entre ellos —según dicen—; en ella "la guerra no es unos hechos concretos, sino una atmósfera agobiante, una gran tragedia", dice el jurado Carlos Pujol en "La Vanguardia". Estoy seguro de que no tiene relación ninguna con la política. La guerra civil sin duda fue otra cosa, y más aún en un pueblo civil. Sin duda es, simplemente, como la vida misma. No así la de Semprún, que debe estar politizada.

Porque, a pesar de todo, y a pesar de su regreso al planeta de los simios, parece que sigue siendo "el otro". ■

POZUELO